



SERMONES QUE ILUMINAN

Pentecostés 19 – Propio 22 (A)

LCR: Isaías 5:1–7; Salmo 80:7–14; Filipenses 3:4b–14; San Mateo 21:33–46

La viña que el Señor esperaba

Las cuatro lecturas de este domingo nos presentan una misma imagen: la viña. Isaías canta «Voy a entonar en nombre de mi mejor amigo el canto dedicado a su viñedo. Mi amigo tenía un viñedo en un terreno muy fértil», una parcela cultivada con esmero -cercada, despedrada, plantada de vides escogidas- que, sin embargo, produjo uvas silvestres. El Salmo retoma la figura con dolor: «De Egipto sacaste una vid... Limpiaste el terreno para ella, y la vid echó raíces y llenó el país... ¿Por qué has derribado su cerca, dejando que le arranquen uvas los que van por el camino?». Y el Señor, en el Evangelio, narra una parábola: “Escuchen otra parábola: El dueño de una finca plantó un viñedo”; en ella unos labradores, a quienes se les confía la viña, en su codicia maltratan a los siervos del dueño, dando muerte, finalmente, a su hijo.

No es difícil entender la acusación. El problema nunca fue el suelo, ni el clima, ni la calidad de las vides. El dueño hizo todo bien: «¿Había algo más que hacerle a mi viñedo? ¿Hay algo que yo no le haya hecho?», pregunta Isaías. La falla estaba en los labradores. Así también nosotros, la Iglesia, somos arrendatarios de una viña que no plantamos; recibimos la fe, los sacramentos, un templo, una comunidad, y se nos pide, simplemente, dar fruto a su tiempo.

Doña Amparo, una feligresa de nuestra iglesia que cultivaba en su patio una parra centenaria heredada de su abuela, cada otoño regalaba racimos a los vecinos y siempre les decía: «Yo no hice esta vid; sólo la cuido para que otros coman.» Esa frase resume, mejor que muchos comentarios, la vocación de todo cristiano: somos administradores, no dueños, de lo que se nos ha confiado.

San Pablo, en Filipenses, lleva esta lección a lo personal. Él tenía credenciales envidiables: “me circuncidaron a los ocho días de nacer, soy de raza israelita, pertenezco a la tribu de Benjamín, soy hebreo e hijo de hebreos. En cuanto a la interpretación de la ley judía, fui del partido fariseo... y en cuanto a la justicia que se basa en el cumplimiento de la ley, era irreproachable” y, sin embargo, escribe: «Pero todo esto, que antes valía mucho para mí, ahora, a causa de Cristo, lo tengo por algo sin valor. Aún más, a nada le concedo valor si lo comparo con el bien supremo de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por causa de Cristo lo he perdido todo, y todo lo considero basura a cambio de ganarlo a él». Pablo no reniega de su historia; la subordina. Su propia justicia, cultivada durante años, cede ante el conocimiento de Cristo. Él también aprendió a ser labrador de otra viña: la de la gracia, no la del mérito.

“La piedra que los constructores despreciaron” -dice Jesús citando el Salmo 118- “se ha convertido en la piedra principal”. La misma cruz que los labradores infieles levantaron contra el hijo es la que Dios convirtió en fundamento de una viña nueva, abierta a toda nación que dé fruto.

Esta semana, preguntémonos con honestidad: ¿qué fruto está dando el Señor en la parte de la viña que se nos ha confiado -nuestra familia, nuestra parroquia, nuestro trabajo-? Y, como Pablo, ¿qué credenciales o seguridades propias necesitamos contar como pérdida para «llegar a la meta y ganar el premio celestial que Dios nos llama a recibir por medio de Cristo Jesús». El dueño de la viña no ha dejado de esperar buen fruto. Que lo encuentre en nosotros. Amén.

***El Rvdo. Franklin Morales** es Sacerdote encargado de la parroquia Christ Memorial en Oshawa, Canadá.*